

[Discurso sobre Polonia]
(Discurso pronunciado por Federico Engels en el mitin organizado por la Asociación Democrática de Bruselas el 22 de febrero de 1848)

(Tomado de Carlos Marx y Federico Engels, *El Manifiesto del Partido Comunista (anexos)*, páginas 295-299, formato pdf, [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels – Edicions Internacionals Sedov](#).

También para las notas.

Marx y Engels pronunciaron un discurso el 22 de febrero de 1848 en honor de la insurrección de Cracovia de febrero de 1846 en una reunión organizada por la Asociación Democrática de Bruselas.

La actividad del partido se injerta en acontecimientos de verdadero significado histórico revolucionario, y las relaciones de solidaridad entre los revolucionarios se forjan con ocasión de manifestaciones desencadenadas por esos acontecimientos o incluso se crean organizaciones obreras.

Los dos discursos que reproducimos a continuación explican el interés (tanto teórico como práctico) de Marx y Engels por los movimientos democráticos nacionales, incluso burgueses, siempre que sean progresistas y preparen las condiciones para la lucha del proletariado.

La I Internacional fue creada precisamente bajo estas condiciones. Como sabemos, la reunión inaugural de la AIT se convocó para proclamar la solidaridad de los obreros europeos con los polacos (siguiendo una circular de los obreros ingleses a los franceses) y con los armenios oprimidos por Rusia. De hecho, la revuelta polaca de 1863-1864 fue el punto de partida de las luchas que llevaron a la sistematización de las naciones modernas de Europa central y meridional en 1870 y al derrocamiento del bonapartismo, y por lo tanto a la gloriosa [Comuna de París](#).

La plena solidaridad obrera con la reivindicación de la independencia nacional de Polonia, oprimida por el zarismo y las oligarquías austríaca y prusiana, es por lo tanto de suma importancia: expresa no sólo un juicio histórico formulado en escritos teóricos, sino también un verdadero despliegue político de fuerzas para la futura [Primera Internacional](#). Al ofrecer a Polonia todo el apoyo de las clases obreras europeas, la revuelta polaca se convirtió en la palanca de una situación revolucionaria internacional: la lucha del proletariado contra la burguesía (Comuna de París).

Para vincular la revuelta polaca a la creación de la Internacional Obrera, no bastaba con que los dirigentes del partido obrero tuvieran sentido del olfato. También necesitaban un sentido revolucionario excepcionalmente fuerte y, sobre todo, un conocimiento científico de la historia europea, de los mecanismos que vincularan los trastornos de la base económica con los fenómenos de la voluntad de una clase que debe organizarse para intervenir en las relaciones sociales. Era necesario, por ejemplo, conocer el peso de la contrarrevolución zarista rusa en el equilibrio conservador de toda Europa, y la importancia de cualquier revuelta contra este enemigo número uno de las revoluciones del siglo XIX.

Hoy en día, el movimiento de emancipación de los pueblos coloniales desempeña el mismo papel que un detonante para el movimiento obrero.)

Caballeros,

La insurrección cuyo aniversario celebramos hoy ha fracasado. Tras algunos días de heroica resistencia, Cracovia fue tomada, y el fantasma sangriento de Polonia, que se había erguido por unos instantes ante los ojos de sus asesinos, volvió a descender a la tumba.

La revolución de Cracovia terminó con una derrota, una derrota muy deplorable. Rindamos a los héroes caídos sus últimos honores, lamentemos su fracaso, expresemos nuestra solidaridad con los veinte millones de polacos cuyas cadenas se han visto tensadas por este fracaso.

Pero, caballeros, ¿es todo lo que tenemos que hacer? ¿Es suficiente derramar una lágrima sobre la tumba de un país desafortunado y jurar a sus opresores un odio implacable, pero hasta ahora impotente?

¡No, caballeros! ¡No! El aniversario de la insurrección de Cracovia no es solo un día de luto, es un día de celebración para nosotros, los demócratas; porque la derrota en sí misma contiene una victoria, una victoria cuyos frutos siguen siendo nuestros, mientras que los resultados de la derrota son solo pasajeros.

Esta victoria es la victoria de la joven Polonia democrática sobre la vieja Polonia aristocrática¹.

Sí, la última lucha de Polonia contra sus opresores extranjeros estuvo precedida por una *lucha oculta, oculta pero decisiva dentro de la misma Polonia*², la lucha de los polacos oprimidos contra los polacos opresores, la lucha de la democracia contra la aristocracia polaca.

Comparad 1830 y 1846, comparad Varsovia y Cracovia. En 1830, la clase dominante polaca era tan egoísta, tan estrecha de miras y tan cobarde en la legislatura como era de devota, entusiasta y valiente en el campo de batalla.

¿Qué quería la aristocracia polaca en 1830? Salvaguardar sus derechos adquiridos frente al emperador. Limitó la insurrección a ese pequeño país al que complació al Congreso de Viena llamar el Reino de Polonia; retuvo el impulso de las otras provincias polacas; dejó intacta la aburrida esclavitud de los campesinos, la infame condición de los judíos. Si en el curso de la insurrección la aristocracia tuvo que hacer concesiones al pueblo, lo hizo sólo cuando ya era demasiado tarde, cuando la insurrección estaba perdida.

Digámoslo alto y claro: la insurrección de 1830 no fue ni una revolución nacional (excluyó tres cuartas partes de Polonia) ni una revolución social o política; no cambió la situación anterior del pueblo: fue una revolución conservadora³.

¹ Mientras la lucha sea por objetivos “democráticos”, el partido comunista utiliza una táctica “indirecta” que se aplica mientras las tareas burguesas sigan siendo progresistas en un país. En todos los textos de este período que reproducimos, el partido adopta esta táctica “indirecta”. En el último capítulo de *El Manifiesto*, Marx y Engels formularon concisamente esta táctica válida para los comunistas de los países atrasados, como Polonia y Alemania:

“En Polonia, los comunistas apoyan al partido que sostiene la revolución agraria, como condición previa para la emancipación nacional del país, al partido que provocó la insurrección de Cracovia en 1846.

En Alemania, el partido comunista luchará al lado de la burguesía, mientras ésta actúe revolucionariamente, dando con ella la batalla a la monarquía absoluta, a la gran propiedad feudal y a la pequeña burguesía.

Pero todo esto sin dejar un solo instante de laborar entre los obreros, hasta afirmar en ellos con la mayor claridad posible la conciencia del antagonismo hostil que separa a la burguesía del proletariado, para que, llegado el momento, los obreros alemanes estén prestos a volver contra la burguesía, como otras tantas armas, esas mismas condiciones políticas y sociales que la burguesía, una vez que triunfe, no tendrá más remedio que implantar; para que en el instante mismo en que sean derrocadas las clases reaccionarias comience, automáticamente, la lucha contra la burguesía.

Las miradas de los comunistas convergen con un especial interés sobre Alemania, pues no desconocen que este país está en vísperas de una revolución burguesa y que esa sacudida revolucionaria se va a desarrollar bajo las propicias condiciones de la civilización europea y con un proletariado mucho más potente que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el XVIII, razones todas para que la revolución alemana burguesa que se avecina no sea más que el preludio inmediato de una revolución proletaria.

Resumiendo: los comunistas apoyan en todas partes, como se ve, cuantos movimientos revolucionarios se planteen contra el régimen social y político imperante.”

Estas consignas, extraídas de amplios estudios y luchas militantes en círculos restringidos, se transformarán en la hora de la crisis revolucionaria (1848-1849): ¡la teoría devendrá una ardiente realidad y los discursos disparos de fusil!

² Cursivas de Roger Dangeville. EIS.

³ El estratega militar Engels nunca deja de considerar las actitudes de clase hacia los demás dentro de una nación para determinar las posibilidades de un levantamiento: “Fue un error enorme, desde el primer momento, el que los piemonteses sólo opusieran a los austriacos un ejército regular y se empeñaran en hacerles una guerra normal, burguesa, honesta. Un pueblo que quiere conquistar su independencia no puede

Pero en el seno de esta revolución conservadora, dentro del propio gobierno nacional, hubo un hombre que atacó fuertemente los puntos de vista estrechos de la clase dominante. Propuso medidas verdaderamente revolucionarias y ante cuya audacia retrocedieron los aristócratas de la Dieta. Al llamar a toda la antigua Polonia a las armas, convirtiendo así la guerra por la independencia polaca en una guerra europea, emancipando a judíos y campesinos, implicándolos en la propiedad de la tierra, reconstruyendo Polonia sobre la base de la democracia y la igualdad, quiso hacer de la causa nacional la causa de la libertad; quiso identificar los intereses de todos los pueblos con los del pueblo polaco⁴. El hombre cuyo genio concibió este plan tan vasto y a la vez tan simple, este hombre, ¿necesito nombrarlo? Fue Lelewel.

En 1830, estas propuestas fueron constantemente rechazadas por la ceguera egoísta de la mayoría aristocrática. Pero estos principios maduraron y se desarrollaron a través de la experiencia de quince años de servidumbre, estos mismos principios los vimos escritos en la bandera de la insurrección de Cracovia de 1846. En Cracovia, como pudimos ver muy bien, ya no había hombres que tuvieran mucho que perder; no había aristócratas; cualquier decisión que se tomase llevaba la impronta de esa audacia democrática, diría que casi proletaria, que sólo tiene que perder su miseria, y que tiene que ganar a todo un país, a todo un mundo. No hubo vacilaciones ni escrúpulos; los tres poderes fueron atacados al mismo tiempo; se proclamó la libertad de los campesinos, la reforma agraria y la emancipación de los judíos, sin preocuparse ni por un momento de si esto podía ofender algún interés aristocrático⁵.

limitarse a los recursos de la guerra *usual*. Levantamiento en masa, guerra revolucionaria, guerrillas: he allí el único medio con que un pueblo pequeño puede ganar la guerra a otro grande, con que un ejército menos fuerte puede ponerse en condiciones de resistir a otro más fuerte y mejor organizado.” (“[La derrota de los piamonteses](#)” [en [Marx y Engels, algunos materiales – Edicions Internacionals Sedov](#), página 3 del formato pdf. *La nueva gaceta renana*, 1-4-1849)

⁴ Las grandes experiencias de una crisis revolucionaria nunca se pierden para los países que se encuentran en la misma etapa de su historia, si el partido (del cual es una de sus principales funciones) ha sido capaz de acumularlas para convertirlas en su programa de acción: “La guerra magiar de 1849 tuvo un gran parecido con la guerra polaca de 1830-1831. Pero se diferencia de ella precisamente en que ahora tiene todas las probabilidades en contra que tenían los polacos entonces. Se sabe que entonces Lelewel se esforzó sin éxito, primero en vincular a la masa de la población a la revolución, emancipando a los campesinos y a los judíos, y, segundo, provocando la insurrección de toda la vieja Polonia, para implicar en la guerra a las tres potencias que se repartían el país y hacerla *europaea*. Los *magiares comenzaron haciendo* lo que Polonia había hecho en el pasado, pero *demasiado tarde*. En Hungría, la primera medida fue la revolución social en el país, la aniquilación del feudalismo; la segunda fue la participación de Polonia y Alemania en la guerra, que condujo a la guerra europea. Comenzó con la llegada del primer cuerpo *ruso* a suelo alemán, y daría un giro decisivo cuando el primer batallón francés llegó a suelo alemán.” (“[Hungría](#)”, página 7 formato pdf, [en [Marx y Engels, algunos materiales – Edicions Internacionals Sedov](#)], *La nueva gaceta renana*, 19-5-1849)

⁵ Uno de los secretos del fracaso de la burguesía alemana en *su* revolución nacional democrática es su incapacidad para coordinar su acción con la del campesinado esclavizado por los poderosos feudales a fin de ganarla para su causa. La burguesía francesa llevó a cabo con maestría esta alianza *política*, involucrando masivamente a los campesinos en las filas del ejército revolucionario.

En la política proletaria, fue Lenin quien comprendió todo el potencial revolucionario campesino y supo cómo usarlo. Así pudo recuperar a Marx y Engels, que nunca subestimaron la importancia de la cuestión agraria para el movimiento revolucionario. Engels, autor de [La guerra de los campesinos en Alemania](#) (1850), obra a menudo incomprendida por los marxistas posteriores, analiza el fracaso político de la burguesía alemana en 1848-1850 de la siguiente manera: “En Prusia, el campesinado se había aprovechado de la revolución, al igual que en Austria, aunque mostraba menos energía (ya que en general estaba un poco menos oprimido por el feudalismo) para deshacerse de todos los obstáculos feudales de un solo golpe. Pero la burguesía se volvió inmediatamente contra él, su aliado más antiguo e indispensable. Los demócratas (tan horrorizados como la burguesía por los llamados ataques a la propiedad privada) también se abstuvieron de apoyarlo, y así, después de tres meses de emancipación, luchas sangrientas y expediciones

La revolución de Cracovia no se fijó el objetivo de restaurar la vieja Polonia, ni de preservar lo que los gobiernos extranjeros habían dejado atrás de las viejas instituciones polacas: no era ni reaccionaria ni conservadora. No, era la más hostil a la propia Polonia, bárbara, feudal, aristocrática, basada en la servidumbre de la mayoría del pueblo. Lejos de restaurar esta antigua Polonia, quería derribarla de arriba abajo y construir sobre sus escombros, con toda una nueva clase, con la mayoría del pueblo, una nueva Polonia, moderna, civilizada, democrática, digna del siglo XIX, y que fuese, en realidad, el centinela avanzado de la civilización.

La diferencia entre 1830 y 1846, el inmenso progreso realizado en el corazón mismo de la infeliz, sangrienta y desgarrada Polonia, es: la aristocracia polaca separada completamente del pueblo polaco y arrojada a los brazos de los opresores de su patria; el pueblo polaco ganó irrevocablemente la causa democrática; finalmente, la lucha de clases, causa motriz detrás de todo el progreso social, establecida en Polonia como aquí. Tal es la victoria de la democracia constatada por la revolución de Cracovia; este es el resultado que seguirá dando sus frutos cuando se haya vengado la derrota de los insurgentes.

Sí, caballeros, a través del levantamiento de Cracovia, la causa polaca, de nacional que era, se ha convertido en la causa de todos los pueblos; de una cuestión de simpatía en una cuestión de interés para todos los demócratas. Hasta 1846, teníamos un crimen que vengar, ahora tenemos que apoyar a los aliados, y lo haremos.

Y es sobre todo Alemania la que felicitar se con satisfacción por esta explosión de las pasiones democráticas de Polonia. Nosotros mismos estamos al borde de una revolución democrática⁶; tendremos que luchar contra las hordas bárbaras de Austria y Rusia. Antes de 1846, podíamos tener dudas sobre la posición de Polonia en el caso de una revolución democrática en Alemania. La revolución de Cracovia las descartó. A partir de ahora, el pueblo alemán y el pueblo polaco son aliados irrevocables: tenemos los mismos enemigos, los mismos opresores, porque el gobierno ruso pesa tanto sobre nosotros como sobre los polacos. La primera condición para la liberación, tanto de Alemania como de Polonia, es el derrocamiento del actual estado político de Alemania, la caída de Prusia y Austria, el rechazo de Rusia más allá de Dniéster y Dvina.

La alianza de las dos naciones no es por lo tanto un sueño hermoso, una ilusión encantadora; no, caballeros, es una necesidad inevitable, resultante de los intereses comunes de ambas naciones, y se ha convertido en una necesidad a través de la revolución de Cracovia. El pueblo alemán, que hasta ahora no ha tenido casi nada más que palabras, actuará por sus hermanos polacos; y así como nosotros, los demócratas alemanes,

militares, particularmente en Silesia, *el feudalismo fue restaurado por las propias manos de la burguesía, ayer todavía antifeudal*. Al hacerlo, se condenó a sí misma de la manera más definitiva y rigurosa. Una traición similar a sus mejores aliados, de por sí, nunca ha sido cometida por ningún partido en la historia. Cualesquiera que sean las humillaciones, cualesquiera que sean los castigos reservados para el partido burgués por este único acto, los habrá merecido todos sin excepción.” Durante el curso de los mismos acontecimientos, Wilhelm Wolff (a quien Marx dedicó más tarde *El Capital*) trató ampliamente esta cuestión en *La nueva gaceta renana*. Estos artículos fueron publicados bajo el título *Los miles de millones silesianos*, con una introducción de Engels. En general, al campesinado, del que dependió el destino de la revolución de 1848 y de la [Comuna de 1871](#), no se le da el lugar que le corresponde.

⁶ Esta frase es una variante de la de *El Manifiesto*, que prescribe las tareas a realizar en la revolución que se avecina: “Es en Alemania donde los comunistas centran su atención principalmente. Este país está en vísperas de una revolución burguesa”, democracia y burguesía siendo sinónimos. No es contradictorio que un comunista desee una revolución burguesa mientras sea progresista, porque choca con el orden establecido, altera las condiciones existentes y permite que la lucha por el socialismo continúe. Por eso las burguesías de los países ya capitalistas unen sistemáticamente sus fuerzas contra una revolución burguesa en un nuevo país, como lo demostró de manera clásica la Revolución Francesa de 1789, que vio nacer la Santa Alianza de todos los estados ya establecidos.

ofrecemos aquí la mano de los demócratas polacos, así también todo el pueblo alemán celebrará su alianza con el pueblo polaco en el mismo campo de la primera batalla ganada juntos contra nuestros opresores comunes⁷.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

⁷ La iniciativa de fundar una Internacional Obrera debía basarse en el proletariado más avanzado de la época, el de Inglaterra, muy preocupado por las cuestiones imperialistas.

En febrero de 1846, el cartista Harney dijo en una reunión de la asociación de Londres de los comunistas alemanes: “Llamo a las clases oprimidas de todos los países a unirse por la causa común. La liberación del yugo ruso y austriaco no es suficiente por sí sola. No necesitamos un reino de Italia. Necesitamos la soberanía de los pueblos de estos países”. Y precisó que esta causa del pueblo era “la causa del trabajo, del trabajo esclavizado y explotado”, porque “¿no son las reivindicaciones y la miseria las mismas entre los trabajadores de todas las naciones? Entonces, ¿por qué no debería ser su buena causa? Un golpe a la libertad en el Tajo es un golpe a los amigos de la libertad en el Támesis; un éxito del republicanismo en Francia significaría el fin de la tiranía en otros países; y la victoria de los cartistas democráticos ingleses significaría la liberación de millones de hombres en toda Europa”.

Se creó un comité internacional, el embrión de la futura I Internacional, sobre la base de la lucha por la liberación del yugo absolutista.

En noviembre de 1847, Schapper, en nombre de la organización de Bruselas, recibió el mandato de discutir la convocatoria en 1848 de un “congreso de trabajadores de todas las naciones para establecer la libertad en todo el mundo”. Proclamó: “¡Obreros ingleses! Cumplid esta misión y seréis valorados como emancipadores de toda la humanidad”. Los organizadores ingleses respondieron: “La conspiración de los reyes, la Santa Alianza, debe ser combatida por la de los pueblos. Estamos convencidos de que debemos dirigirnos a la gente real, a los proletarios que, cada día, derraman su sangre y sudor bajo la presión del sistema social actual, para que realice la fraternidad.”